

nidad, y la leyenda y la tradición de consuno personifican en él todas las excelencias de la civilización tolteca. Fué el purificador del culto, lo limpió de sangre; sólo empleaba sencillos sacrificios. Probablemente en aquella edad de oro de la teocracia los sacerdocios de Tol-lan, de Teotihuacán y de Chololan consignaron en los monumentos y en los libros ideográficos sus estupendas concepciones sobre el origen y jerarquía de los dioses, sobre el origen del universo, el de la tierra y la humanidad. Dijeron cómo se habían distribuido los hombres en el fragmento del planeta que ellos conocían; consignaron el recuerdo de las primitivas razas, de sus cultos, de sus inmigraciones; de los grandes episodios de sus viajes y de sus conexiones con los otros pueblos. Pintaron en mitos llenos de vida la manera con que á los cultos viejos habían sucedido los cultos nuevos, cómo habían muerto en

Teotihuacán los dioses primitivos y había nacido el culto de las divinidades siderales de los nahoas-toltecas (1).

Como todas las religiones que, partiendo del culto de un muerto, suben al culto de los antepasados, que se convierte en el ilimitado de la naturaleza; y por la tendencia á la unidad, propia de la estructura intelectual del hombre, se encaminan al culto de un alma ó un dios único, y antes de un dios superior, del cual todos los demás dependen, la religión de los nahoas había llegado á considerar al sol, llamado de diversos modos y representado por diferentes imágenes, como la divinidad suprema. Todos los sacerdocios lo reconocían así, y en algunos de sus santuarios, según ciertos cronistas afirman, se creía en la existencia de un ente cuyo símbolo era el sol, pero que, por su alteza, no podía ser ni representado ni adorado, el Tloque-Nahuaque, ser invisible, increado y creador. Era el autor de la primera pareja humana.



Tlaloc

En el infinito enjambre de divinidades cuya simbólica historia se enlaza por una prodigiosa corriente de leyendas y mitos, que no ha sido superada por ningún pueblo de la tierra, descuellan, bajo Tonatiuh, el sol, y al par de la divinidad principal de cada tribu, la luna y Venus, Tetzcatlipoca y Quetzal-coatl; y así como las pirámides de Teotihuacán y Chololan son las columnas fundamentales del culto, los tres astros son el vértice de la teogonía de los nahoas. Tlaloc, el dios de las aguas, á quien estaban consagradas las alturas y cuyo gran fetiche era el mismo Popocatepetl, y Chal-

(1) Hay que pensar en que la destrucción sistemática de todo cuanto podía recordar el culto antiguo, llevada adelante por los misioneros españoles, y el silencio de muerte impuesto á los sacerdotes que, en corto número, debían haber sobrevivido á la conquista, nos han privado de los documentos indispensables para dar carácter de certeza á lo que hoy no puede casi pasar del estado de conjetura. Los muy pocos documentos originales salvados del incendio del templo, es decir, de la cultura religiosa de los antiguos nahoas y mayas, no pueden leerse, sino interpretarse, porque son documentos de forma casi totalmente ideográfica, y las interpretaciones no nos dan la verdad sino por aproximación. Además de esto, los cronistas post-cortesianos son generalmente confusos ó difusos y suelen contradecirse ó usar nombres distintos para conotar las mismas ideas. De aquí provienen dificultades insuperables para conocer con exactitud los elementos de las grandes civilizaciones americanas.

chiuhtlicue, su esposa, la tierra fecunda, la de la inmensa falda azul (el Ixtacihuatl), tenían también un lugar privilegiado en el Panteón tolteca.

Su cosmografía y geogonía andaban confundidas; el recuerdo de grandes fenómenos meteorológicos y plutónicos parecía ligado á la injunción singular de transformaciones cósmicas: creían, como creyó la ciencia hasta bien entrado el siglo actual, que con una sucesión de revoluciones totales estaban marcadas las diversas etapas de la formación de la costra terráquea; llamaban á esta sucesión los cinco períodos ó edades, ó, como tradujeron los cronógrafos, los cinco soles: un sol, ó edad de agua; la edad de los vientos, en segundo término; en tercero, la de las erupciones volcánicas; la edad del fuego, y la cuarta la de la tierra, una verdadera cuaternaria de los nahoas; al fin la edad histórica, la actual. De todos estos cataclismos, según los códices, había sido testigo la especie humana. La raza autóctona en el Anáhuac, la que pudo ver el valle de México convertido en un lago inmenso, la que vió indudablemente el Ajusco en erupción, la que cazó á los enormes paquidermos de la última edad geológica, á los gigantes ó quinames, ¿no comunicaría sus tradiciones á los fundadores de los santuarios piramidales de Teotihuacán y de Cholula? ¿No serían los sacerdocios de esos santuarios quienes transmitieron á los toltecas estas nociones, que se habían ya difundido por el área inmensa de la civilización del Sur?

Tras esta geogonía, en la sucesión de las creencias, venía el recuerdo de la renovación del culto totémico ó zoolátrico de los santuarios de Anáhuac, cuyo centro fué la ciudad santa de Teotihuacán, y la consagración al sol y á la luna de las pirámides, que desde aquel instante fueron nahoas.

Mas dentro del sacerdocio nahoas se notan los vestigios de un cisma: de la lucha entre la divinidad de la noche, de la sombra, de la muerte, del sacrificio humano, y la divinidad crepuscular, que muere y renace eternamente en la hoguera gigantesca del sol, de Tetzcatlipoca y Quetzal-coatl, de la luna y Venus. Este cisma, origen de discordias sangrientas, tuvo por causa, seguramente, la proscripción de los ritos del antropofagismo y la reforma del calendario.

La ciencia.—NUMERACIÓN—ASTRONOMÍA—CRONOGRAFÍA—ESCRITURA. Comerciantes activísimos y constructores ingeniosos, claro es que los toltecas sabían contar y tenían una aritmética primitiva compuesta simplemente de las cuatro reglas, como lo demuestran sus pinturas, en que por su posición, los signos se adicionan al fundamental ó lo multiplican. Su numeración, como la de todos los primitivos, y lo indica la significación propia de algunos de los nombres de esos números, se basaba en la cuenta por los dedos: sumados los de las manos y los pies daban una veintena, y veinte es el número fundamental de las numeraciones nahoas y maya-kiché. Multiplicando los productos de veinte por sí mismos llegaron á contar hasta 160.000, dando á cada total un nombre especial y expresivo. Seguro es que supieron hacer crecer las cantidades hasta donde sus necesidades lo exigieron.

Aplicaron á maravilla su sistema numeral al cómputo del tiempo. Tuvieron un calendario religioso ó de fiestas (tonalámatl), que eran numerosísimas: puede decirse que entre ellas se dividían el año religioso entero; y cada fiesta tenía sus sacrificios, sus ritos y sus ídolos; en ellas no están incluidas las domésticas. El tonalámatl era un calendario lunar, como los primeros de todos los pueblos de la tierra; lo componían trece grupos ó meses

de veinte días. El sacerdocio que usaba este calendario fué el de Tetzcatlipoca ó la luna. Luego la base del calendario religioso se refirió al periodo de visibilidad de la estrella gemela, Quetzal-coatl, y esta reforma produjo probablemente la gran lucha religiosa que marca la decadencia de la monarquía tolteca. Además, en esta época, al año religioso se añadieron los ciento cinco días y un cuarto que compusieron el año civil y lo acercaron al astronómico; este calendario, tan parecido al Juliano, es una de las pruebas aducidas por nuestro insigne maestro Orozco y Berra, para apoyar su hipótesis sobre el origen europeo



D. Manuel Orozco y Berra

del apóstol reformador Quetzal-coatl Topiltzín, el sacerdote blanco y barbado, vestido de ropas talares orladas de cruces.

La corrección definitiva del calendario, hecha en los tiempos aztecas, lo acercó más, según los peritos, al verdadero año astronómico, que lo que lo está el actualmente usado en el mundo cristiano.

La cuenta del tiempo indica notables conocimientos astronómicos: los toltecas conocían el movimiento aparente del sol entre los trópicos, y los puntos solsticiales eran los cuatro extremos de la cruz del *nahui-ollin*. Habían observado los movimientos de la luna y Venus; la culminación de las *Pléyades* desempeñaba un

papel importante en la renovación del fuego en el período máximo del tiempo, que era el ciclo de 52 años ó el doble de 104, el *ajau-katún* de los mayas. Las dos osas, la estrella polar, la vía láctea, el escorpión, eran asterismos familiares para los sacerdotes y, puesto que eran divinidades, continuaban en el cielo el eterno drama que se representaba en la tierra. Eclipses, cometas, bólidos, eran observados apasionada y supersticiosamente, como que la influencia de los astros sobre los hombres era tan clara y demostrable que, puede decirse, todos los calendarios eran astrológicos, exactamente como en los pueblos históricos del viejo mundo.

A la astrología estaban ligadas la hechicería y la magia, y á ésta el conocimiento del efecto de los jugos de ciertas plantas y sustancias sobre el organismo, que era el balbucoo de la terapéutica de aquellos interesantes pueblos.

La escritura, tal como las escasísimas obras auténticas de los toltecas y sus herederos en cultura nos la revelan, apenas lo es. Es una pintura de objetos para expresar ideas, es

una pictografía ya convencional y resumida, es una ideografía; pero varios signos indudablemente son fonogramas, y esto indica á las claras que, en vísperas de la llegada de Cortés, el paso de la ideografía á la verdadera escritura se estaba verificando ya.

El arte y la industria. Organización social.—Las reliquias del arte tolteca en Tula, Teotihuacán, Cholula, etc., nos manifiestan las aptitudes prodigiosas, sin hipérbole, de este grupo indio. Sus materiales de construcción, piedra, lava, ladrillo, tierra, empleados simultáneamente, les permitían amoldarse á todas las formas simbólicas ó estéticas y útiles que su imaginación concebía. Templos, palacios, tumbas, lugares destinados á juegos (el de pelota sobre todo), de todo ello quedan la traza, los cimientos, fragmentos de muros, de columnas, de pilastras, de estelas. La decoración escultural de sus edificios, relieves, altares, estatuas, todo muestra en estas culturas espontáneas, facultades singulares. Sus dioses, representados con máscaras deformes, y las primorosas cabecitas de Teotihuacán, *ex rotos* probablemente, son los extremos de una cadena artística, no estudiada aún, pero que maravilla; los estucos, los colores, los frescos empleados en el interior de los palacios y de los túmulos, y todo lo que se ha dejado destruir y se adivina; la cerámica, de múltiples formas y decorada y pintada con una riqueza de fantasía extraordinaria, son como los fragmentos del libro inmenso



Objetos de alfarería nahoa

que se deshace á nuestra vista y que nos cuenta cómo vivía, cómo sentía, en qué pensaba aquel grupo ansioso de revelar una partícula de su religión, de su historia, de su alma, de su vida, en suma, en cualquiera obra que salía de sus manos.

Basta la inconcebible cantidad de objetos que, en fragmentos ó en polvo, forman como el pavimento del Anáhuac y de las comarcas en que floreció la civilización del Sur, para comprender que, en derredor de los grandes núcleos toltecas, la población era densa, como lo fué en las comarcas mayas y kichés, en que parecía no haber un palmo de tierra no explotado ó cultivado; basta conocer por tradiciones ó por vestigios las labores de la industria de éstos, que fabricaban con el algodón, con los hilos de colores, con las plumas, con el oro y la plata, los primores que hicieron el nombre tolteca sinónimo de artífice ingenioso, para adivinar la organización social de aquellos pueblos; los hombres del campo, cultivando la tierra para los señores y los sacerdotes, si eran siervos; si no lo eran, cultivando el terruño de que eran colectivamente dueños, como en el *mir* de los rusos, repartiéndose, bajo la inspección del jefe, del cacique, los productos, proporcionalmente, dejando una parte reservada al dios y otra al *amo*; y si eran industriales, aglomerándose en gremios, en los que las recetas de fabricación se transmitían secretamente de maestros á discípulos. Y esta organización social revela hábitos de orden, de obediencia y regularidad de